

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

Conclusión

Dios, tú mi Dios, yo te busco, sed de ti tiene mi alma, en pos
de ti languidece mi carne, cual tierra seca, agotada, sin agua.
Como cuando en el santuario te veía, al contemplar tu poder
y tu gloria (Sal 63: 2-3)

Se puede continuar hablando de las manifestaciones del paganismo en las iglesias cristianas, pero lo dicho hasta ahora es suficiente para entender que todas ellas - indicadas y no indicadas - tienen la misma causa que ya fue considerada aquí. – Es la confusión del cuerpo natural (o carnal) y del cuerpo espiritual (el alma) del hombre; y asimismo del principio natural y del principio espiritual del mundo. Justamente esa confusión es la culpable tanto de la descomposición de la Iglesia de Moisés del Antiguo Testamento como de la Iglesia nuevetestamentaria de Jesucristo. Es la misma que enturbió la diferencia entre el cuerpo exterior visible y el cuerpo interior invisible del hombre (o entre el hombre exterior y el hombre interior) y también entre el mundo del exilio y el mundo de Dios. Y lo hizo de tal modo que ambos cuerpos/hombres y ambos mundos comenzaron a percibirse como un cuerpo/hombre en desarrollo y un mundo en desarrollo. Por consecuencia al desarrollo fue sometida también la noción inmutable de moralidad que en este mundo “se desarrolla” sólo hacia la carne, pues de la inmutabilidad hay sólo único camino y es el camino hacia la mutabilidad. Lo dicho se atestigua por la presentación moderna de la moral en la que todo se define y se justifica por la carne y sus instintos. Por eso tampoco sorprende que el poder sobre la creación, prometido a los justos, en la conciencia de muchos se transforme en el poder de la carne “elegida” o el de la raza carnal “elegida”, aunque *el principio que se descompone no puede ser elegido, pues a los ojos de Dios es nada más que un recipiente de barro, adonde el hombre corrupto fue colocado temporalmente para alejarlo del reino de Dios*. Por lo tanto la elección, en realidad, se refiere al hombre (cuerpo) interior e invisible para los ojos carnales, es decir, se refiere al alma humana y, además, solamente al alma *justa* y al espíritu, también *justo*, que vive en ella, los que languidecen enterrados en el cascarón mortífero y para los cuales los bienes del mundo son sólo una tentación de la carne con el fin de mantener el alma en la esclavitud carnal. Pues, como dijo el apóstol,

“(…) todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo.” (1 Jn 2: 16)

Es difícil, muy difícil para el hombre despegar su alma de este cascarón mortal, a menos que por la fe en la Palabra de Dios, siguiendo al apóstol Pablo quién dijo:

“(…) juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y *las tengo por basura* para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe, y conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos.” (Fil 3: 8-11)

Pero ni los eclesiásticos posteriores ni los cristianos educados por ellos quisieron seguir a sus primeros consortes y renunciar los bienes de este mundo. Al contrario, los prefirieron a la verdadera Vida, la que, además, confundieron con su vida en la tierra. Privados de la fe verdadera se persuadieron que los bienes terrenales son los dones de Dios al hombre y por eso consideraron que su uso es agradable a Él. Como consecuencia **terminaron con renunciar nada por Jesucristo, sino todo reconciliar con Él**. Así, “corrigiendo” el sentido de la Palabra de Dios, según su propio entender y los intereses carnales, ellos pusieron a sí mismos encima del Señor. Lo hicieron así, porque sin la fe el sentido verdadero de su Palabra en este mundo parece una locura. Como dijo el apóstol,

“(…) la predicación de la cruz *es una necedad* para los que se pierden; mas para los que se salvan - para nosotros - es fuerza de Dios” (1 Cor 1: 18), pues

“el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él *son locura*, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.” (Reina Valera 1991: 1 Cor 2: 14)

Y porque – podríamos decir continuando - perdió su sensibilidad, se adoptó a la maldición y su salvación la vincula con el mismo mundo, en el que vive, y con la misma carne en la que permanece. No ve el aspecto verdadero de este mundo en que toda creatura gime sometida a la violencia y a la muerte; como avestruz, mete su cabeza en la arena, para no ver y no escuchar sus gritos desesperados. Mientras tanto todo en esa “tierra seca, agotada, sin agua” puede abrevarse y nutrirse sólo por la Palabra de Dios que explica al hombre las causas y la esencia de lo que ocurre en la tierra indicándole al mismo tiempo el camino hacia la Vida verdadera que es aquella Creación inicial que el hombre perdió por romper las leyes de su funcionamiento. *Ahora el camino del regreso al mundo de los Vivos requiere una hazaña espiritual, sin la cual ese regreso es imposible*. Y la hazaña consiste en la mencionada renuncia a los bienes terrenales por el reino de Jesucristo, pues es imposible regresar al mundo de la perfección eterna arrastrando detrás de sí el balasto de lo temporal. Sólo renunciando a lo perecedero el hombre puede contemplar el poder y la gloria del Señor y compartirlos con Él. Tal es el sentido y la esencia puramente espiritual de toda la Palabra de Dios. Por eso concluyendo el libro quiero una vez más dirigir a los eclesiásticos de todas las confesiones cristianas la pregunta del apóstol Pablo, ya citada en este libro:

“¿Tan insensatos sois? Comenzando por espíritu, ¿termináis ahora en carne?” (Gal 3: 3)